

René Descartes

**Meditaciones
metafísicas**

Racionalismo y Empirismo

El Racionalismo continental y el empirismo británico son dos corrientes filosóficas que surgen en el siglo XVII. Entre ambas escuelas existen diferencias, sobre todo en su posición gnoseológica, es decir, de conocimiento. A la pregunta: ¿cuál es el origen del conocimiento? responden de forma diferente. Estas dos corrientes por lo tanto son dos teorías distintas del conocimiento. La realidad que proponen se configura a partir de esas dos teorías de conocimiento distintas.

De todas formas, hay especialistas que agrupan estas dos corrientes, no las diferencian y las llaman el “Gran Racionalismo” ya que en ambas nos encontramos un análisis racional en el problema del conocimiento.

Destacamos como la mayor diferencia la manera que tienen de valorar el papel de la **razón** y la **percepción sensible** en el proceso de conocimiento:

1. Los racionalistas afirman la primacía de la razón como facultad cognoscitiva, dando a la percepción sensible y a la experiencia un papel secundario. Todo pretendido conocimiento que provenga de los sentidos será sospechoso, incluso puede ser falso, si no se somete a la razón. Un conocimiento no será considerado válido hasta que la razón no lo confirme como tal. Para ellos existen ideas y contenidos mentales innatos, es decir, conocimientos válidos que no han sido adquiridos a través de la percepción sensible y que son imprescindibles para el conocimiento humano. Las ciencias formales y deductivas como la matemática y la lógica son el modelo de conocimiento. Se pretende que la filosofía alcance el mismo grado de certeza y exactitud.
2. Los empiristas por su parte afirman que todo conocimiento de la realidad proviene de la experiencia sensible, que es la fuente de validez de todo conocimiento. La razón en todo caso, trabaja con los datos adquiridos por los sentidos, pero sin la información de éstos, sus especulaciones no tendrían validez. Ya que todo conocimiento deriva en última instancia de la percepción sensible, no se puede admitir la existencia de ideas innatas o contenidos mentales anteriores a la experiencia. Si existieran,

no nos informarían acerca del mundo. Las ciencias empíricas como la física o la química, en cuyo desarrollo cumple un papel importante la experimentación, son apreciadas como modelo de conocimiento.

Si observamos bien, tenemos como precedentes de estas corrientes a la filosofía platónica y aristotélica. La reminiscencia en Platón es una teoría de conocimiento que refuerza la línea racionalista, la dificultad de explicar a través de la percepción sensible ciertos elementos imprescindibles en el conocimiento. Aristóteles por su parte, con su conocimiento sensible anticipa la perspectiva del empirismo.

Racionalismo

Los representantes más importantes del racionalismo continental son: Spinoza, Malebranche, Leibniz y Descartes.

Descartes nace en marzo de 1596 en La Haya en la Turena francesa. Es hijo de una familia noble y prestigiosa. En 1637 publica un bosquejo de la fundamentación metafísica de su método científico en “El discurso del método”. En 1641 publica las “Meditaciones metafísicas”.

El objeto y la filosofía de Descartes es hacer posible la existencia de una única ciencia que unifique las múltiples ciencias particulares. Con esta intención plantea la necesidad de elaborar un método único para todos los saberes que sea, además, suficientemente riguroso para erradicar el error del ámbito del conocimiento humano. Este método debe sentar, según Descartes, la base firme y sólida del edificio del saber. El método que propone Descartes es de clara inspiración matemática y consta de cuatro preceptos:

- a) Regla de la **evidencia**: no se debe aceptar por verdadero nada que no se presente ante nuestra mente como evidente, es decir, de forma clara y distinta.
- b) Regla del **análisis**: los problemas complejos han de descomponerse en otros más simples, hasta llegar a los últimos elementos que los constituyen.

- c) Regla de la **síntesis**: se han de recomponer los últimos elementos así alcanzados hasta descubrir de qué manera se relacionan entre ellos en los problemas complejos.
- d) Regla de la **enumeración**: una vez analizado cada problema por partes y extraída una conclusión general, han de hacerse tantos repasos y revisiones generales como sea posible, con el fin de evitar al máximo cualquier equivocación cometida.

La esencia del método la encontramos en la primera regla: aquello que nos permite dar por válido un conocimiento no es otra cosa que la evidencia, esto es, la claridad y distinción mental (intuición, por contraposición a lo deductivo). Las otras vías de acceso a la verdad quedan anuladas por Descartes, los argumentos de autoridad o las evidencias sensibles. Sólo si un conocimiento se presenta ante la mente como claro y distinto puede ser considerado como válido. Sólo en este caso nos habremos asegurado que nuestros conocimientos son verdaderos y habremos desterrado el error.

Descartes se refiere con lo de “clara y distinta” a que una proposición será clara ante nuestra mente cuando ésta, sin que nada la perturbe, al examinarla con detenimiento, no pueda sino reconocer que es válida. Será distinta ante nuestra mente cuando ésta capte que sólo puede ser así y no de otra manera, cuando no se pueda confundir con ninguna otra cosa. Para Descartes el criterio de certeza de un conocimiento reside en la claridad y distinción de éste, en su evidencia ante la **razón**.

Las otras tres reglas del método tienen como función asegurar que la primera se puede aplicar en cuestiones cuya verdad no se capte intuitivamente por la razón. Si respetamos escrupulosamente el método podemos estar seguros de la validez de nuestros conocimientos.

La aplicación práctica del método a los contenidos de la conciencia que consideramos válidos origina lo que Descartes llama la **duda metódica**. Ésta consiste en dar por falso todo aquello de lo que quepa la mínima posibilidad que sea falso, así esta duda metódica afectará a todo el conjunto de conocimientos que no se nos muestra de manera evidente, es decir, clara y

distinta a la razón, aunque anteriormente hubieran podido ser tenidos por válidos.

Los contenidos mentales que serán sistemáticamente sometidos a la duda metódica serán:

1. Las enseñanzas recibidas. (Por una autoridad).
2. Los datos de los sentidos (ya que en ocasiones nos engañan). Esto nos lleva a dudar de la existencia del mundo exterior al pensamiento. Incluso me hace dudar de la existencia de mi propio cuerpo, ya que sólo lo conozco por los sentidos.
3. Nuestras vivencias (ya que nada nos aseguran que no sean fruto de un sueño). En muchas ocasiones no es imposible distinguir la vigilia del sueño, ya que estos últimos se nos presentan con tanta viveza como las experiencias que tenemos despiertos.
4. Los propios razonamientos (ya que en ocasiones son también fuente de engaño o puede existir un genio maligno que me engañe). La concepción que se tiene de Dios en la época es de libre omnipotencia, lo que nos hace tener una total incertidumbre, ya que nada me asegura que ese dios no sea un “genio maligno” que su propósito sea el que yo esté engañado. Esto nos hace dudar incluso de la matemática.

La conclusión a la que se llega después de aplicar el método es que no encontramos ningún contenido mental que podamos dar por verdadero. El escepticismo parece la conclusión a la que tenemos que llegar. Sin embargo para Descartes existe una primera verdad que no se puede cuestionar, ni siquiera poner en duda: la existencia de un “yo” como sujeto de contenidos mentales, **pienso luego existo**→primer principio de la filosofía.

El razonamiento que sigue Descartes es el siguiente: si los sentidos me engañan, si me equivoco al razonar o un dios me confunde, es evidente que soy yo quien se equivoca o es engañado, y por lo tanto soy algo, existo. Así pues, se puede dudar de todo excepto de que somos algo que **duda** y que por tanto **existe**.

El cogito es una autoevidencia, porque incluye un pensamiento y al sujeto que lo piensa.

Descartes, al dudar de la correspondencia entre el mundo mental (las ideas sobre las cosas) y el mundo externo (las cosas), se está alejando de la filosofía anterior a él, e inicia una nueva manera de entender el conocimiento. Los filósofos anteriores, especialmente Aristóteles, hablaban del conocimiento de las cosas, de las que no se cuestiona su existencia. Descartes no refiere el conocimiento a las cosas sino a las ideas sobre las cosas, ya que de las cosas no puedo afirmar su existencia pero de mis ideas sí. Es el inicio del idealismo filosófico.

Por la intuición “pienso, luego existo” (cogito, ergo sum) sabemos que existimos, pero todavía no sabemos qué características tenemos, qué tipo de ser somos. Mediante la deducción metafísica de esta primera verdad se llega a la conclusión de lo que será la segunda verdad que podemos tener por indudable, es decir, clara y distinta: se trata de nuestra existencia como **res cogitans**, es decir como una **sustancia pensante** e independiente del cuerpo (ya que sabemos que existimos como pensantes aun sin saber de forma indudable que existe el cuerpo).

Para Descartes sustancia es lo que puede existir por sí mismo sin necesidad de ninguna otra sustancia. Esta sustancia que piensa (res cogitans) es el alma inmortal. La absoluta independencia del **pensar** demuestra la existencia y la inmortalidad del alma.

De entre los contenidos mentales a los que antes nos hemos referido destacan las ideas, que son imágenes de las cosas y el verdadero objeto de nuestro conocimiento. Podemos tener ideas **adventicias**, que parecen provenir de un mundo exterior al pensamiento a través de unos supuestos sentidos de mi cuerpo. Las ideas **facticias**, son las que mi pensamiento construye a partir de otras previas. Y finalmente las **innatas**. Estas no las he construido yo, son simples y no derivan del exterior. Pertenecen al pensamiento mismo y no son innatas al estilo platónico. Son connaturales a la razón. De entre todas ellas destaca la idea de Dios o lo que es lo mismo infinitud o perfección.

La idea de Dios es innata, ya que, no deriva de la experiencia ni de la imaginación o la fantasía del sujeto. A partir de la claridad y la distinción de la idea de Dios, Descartes cree demostrar la existencia real de la existencia de Dios como sustancia diferente de su propio yo y del mundo mental. Según Descartes, Dios es una idea innata, ya que, si yo que soy finito e imperfecto no puedo ser el origen de una idea que representa lo infinito y la absoluta perfección, he de reconocer que debe existir un ser que tenga todas esas perfecciones, gracias al cual pueda yo tener noción de esa perfección. Hemos de reconocer que existe Dios como origen de la idea de Él que yo tengo en mi mente. (La causa no puede ser inferior al efecto).

La idea de Dios que se encuentra en uno mismo es el “sello del artífice” que demuestra la existencia de ese Dios infinito creador y conservador de mi ser.

Llegados a este punto se tiene que demostrar la existencia de realidades corpóreas, es decir, de cosas materiales, supuestamente existente fuera de mi mente.

Dudábamos del mundo exterior gracias a la posibilidad de la existencia del genio maligno, que me estuviera engañando sobre su existencia o sobre los datos que percibo de ese mundo. Pero la propia demostración de la existencia de Dios elimina deductivamente la hipótesis del genio maligno, ya que, ese Dios infinito en perfecciones de poder y bondad no puede dejar que yo sea engañado. Ese Dios que es infinita perfección no puede obrar de mala fe, y haberme creado de tal naturaleza que aun en las ideas claras y distintas esté errado.

Una vez afirmamos que existe el mundo de los cuerpos nos preguntamos ¿qué es un cuerpo? Los cuerpos los conozco por su propiedad de ser extensos, por el atributo de la extensión pudiendo cambiar de forma y situación. Los cuerpos tienen cualidades primarias, longitud, anchura y profundidad; y cualidades secundarias, color, olor, temperatura, sonido. Las cualidades primarias pueden conocerse en términos matemáticos, son ideas claras y distintas que tienen correspondencia en el mundo real.

De la misma forma que el alma es la res cogitans, el cuerpo es la res extensa.

Dualismo alma-cuerpo

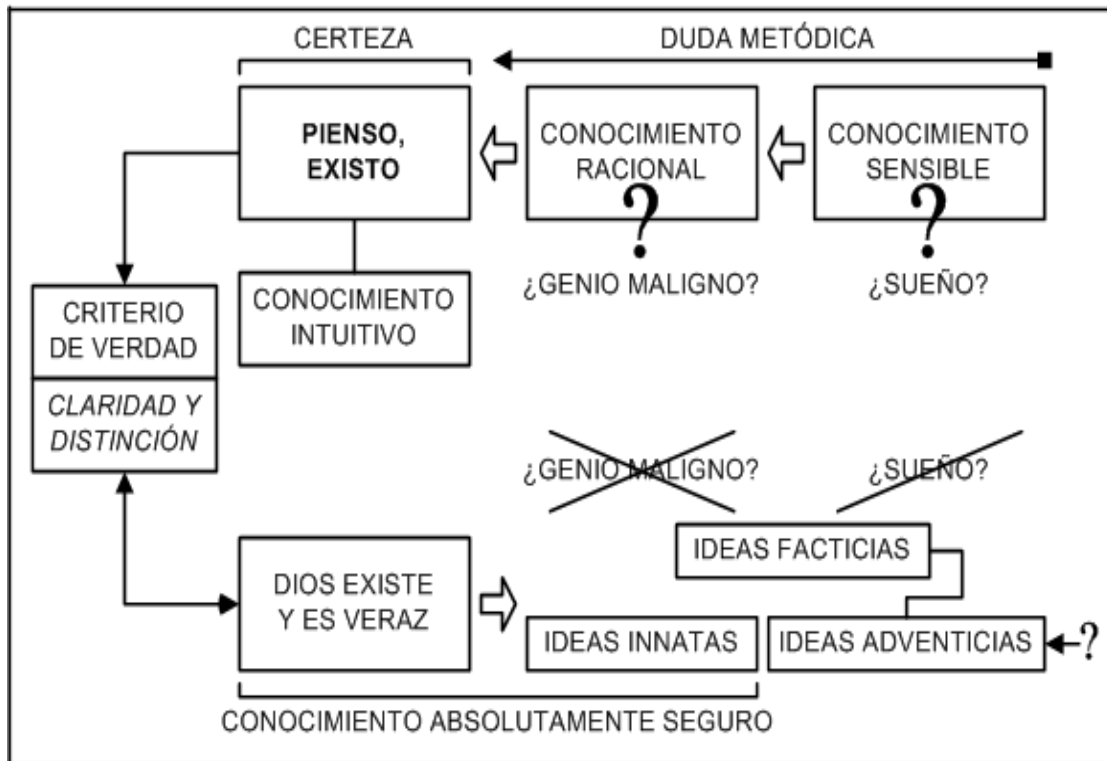
El pensamiento se fundamenta en sí mismo. Esta evidencia que nos mostró el cogito hace del yo o del alma una sustancia cuya esencia y naturaleza total no consiste más que en pensar, y que para existir no tiene necesidad de lugar ninguno, ni depende de ninguna cosa material. El cogito es la demostración de la existencia del alma espiritual, esencialmente libre e independiente. Pero entre el alma y el cuerpo (res extensa) se admite una unión aunque sea accidental, ya que los fenómenos corporales tienen repercusión en el alma, así como las decisiones del espíritu se ejecutan por el cuerpo. Existe por lo tanto la dificultad de explicar la dependencia de las dos sustancias que por definición son esencialmente independientes. Descartes para ello recurre a una zona del cerebro recién descubierta en su época, la glándula pineal.

Lo que está claro es que tanto el alma (res cogitans) como el cuerpo (res extensa) son sustancias independientes que no dependen una de la otra para existir. De lo que sí dependen las dos para existir es de la sustancia infinita llamada Dios. Son por lo tanto dos sustancias finitas que dependen de una sustancia infinita.

Esquema de la Teoría del Conocimiento cartesiana y explicación de los conceptos más importantes

Descartes definió con claridad el objetivo de los filósofos de este período histórico: la búsqueda de la certeza.

Mediante sus *meditaciones* y su *método* intentó dar respuesta al escepticismo reinante. Su estrategia no fue el rechazo o la negación de la duda sino su aceptación hasta las últimas consecuencias. Es decir, utilizó la duda como método y sometió todo conocimiento a duda con el fin de encontrar una verdad de la que ya no pudiese dudar ni el más escéptico. Así llegó a alcanzar una certeza primera: "*Pienso, existo.*" Y teniendo en ella una base inmovible, reconstruyó el edificio filosófico. En primer lugar, alcanzó una segunda certeza: la existencia de Dios. En segundo lugar, reafirmó la fiabilidad del conocimiento científico, el cual tenía a Dios por garante.



LIBRO:

Meditaciones metafísicas: René Descartes

1. Meditación primera: de las cosas que pueden ponerse en duda.

- Es necesario poner un fundamento de las ciencias que sea seguro, estable y constante. Descartes quiere deshacerse de todas las falsas opiniones admitidas hasta entonces como verdaderas.
- El procedimiento o método consiste en someter a la prueba que representa la duda toda opinión, para encontrar el camino recto hacia la verdad.
- Se puede dudar de los sentidos (porque alguna vez me han engañado), de las vivencias (porque puedo estar soñando), de la autoridad (porque me pueden engañar) y de los razonamientos (incluso las matemáticas, porque un genio maligno puede engañarme).

Conclusión:

- ✓ “De todas las opiniones que había admitido como verdaderas, no hay ahora ninguna de la que yo no pueda dudar, (...) de manera que de ahora en adelante mantendré mi juicio en suspenso”

- ✓ El libro es un intento de reconstrucción de lo que podemos saber con certeza.

2. Meditación segunda: de la naturaleza del espíritu humano y que es más fácil de conocer que el cuerpo.

- Es necesario hacer caso a la más mínima duda que podamos tener y buscar una certeza –la primera- que sea indudable. “¿Qué es lo que podrá ser considerado verdadero? “
- Esto: cuando dudo, es cierto que dudo, si me engañan los sentidos, las ideas, Dios (o un genio maligno), no hay duda que soy yo el que soy engañado o confundido.
- La certeza por lo tanto es: “yo soy, yo existo”, es necesariamente verdadero, más cierta y más evidente que cualquier otra cosa.
- Pero, yo, que soy, ¿qué soy? Responder que soy un alma comporta dificultades porque, ¿qué es un alma? Cualquier definición de “alma” es demasiado corporal.
- Yo no soy nada corporal, sino una cosa que piensa: “el pensamiento es un atributo que me pertenece. Sólo él no puede ser separado de mí. No soy nada más que una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón”
- “Una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Una cosa que duda, concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que también imagina y que siente”
- Obtengo esta verdad primera indudable a partir de la claridad y distinción que hay entre cosa corporal y cosa no corporal.
- ¿Qué son las cosas que vemos y tocamos? Hay que separar sus atributos o cualidades primarias, de las secundarias. Los sentidos conocen las secundarias, el entendimiento las primarias. (Lo explica con el ejemplo del trozo de cera)
- Vista con la claridad y distinción del entendimiento la cera no es nada más que una cosa extensa, flexible y mudable. Distinguimos la cera de sus formas exteriores.
- Las cosas corporales (la materia) no son más que extensión, figura y cantidad.
- El “yo”, en cambio, no es una sustancia material, sino, espíritu, cosa que piensa.
- Que yo soy y que soy espíritu, cosa que piensa, es la primera certeza indudable que podemos encontrar.

Conclusión:

- ✓ Es más fácil conocer el propio yo que las cosas corporales del mundo.
- ✓ El motivo es que el “yo” no es una cosa extensa, sino una cosa que piensa. Y así es más fácil separa del yo todo lo que no sea pensamiento. Se entiende por pensamiento cualquier actividad de la conciencia. En cambio, requiere más esfuerzo conocer qué pertenece y

qué no pertenece verdaderamente a las cosas corporales, a la materia, al mundo.

3. Meditación tercera: de Dios, que existe.

- Entendimiento, voluntad, imaginación y capacidad de sentir son las facultades del yo o modos de pensar, formas de pensar que se encuentran en el yo.
- El descubrimiento de la certeza/verdad ofrece el *criterio para ser cierto* de cualquier cosa: una percepción clara y distinta.
- ¿En qué se fundamenta el criterio de la claridad y distinción del entendimiento? En la existencia de Dios, en tanto que es perfecto, omnipotente y de bondad infinita, y por lo tanto no nos engaña y nos ha creado con una naturaleza capaz de conocer la verdad de las cosas a través de la claridad y la distinción de las ideas de nuestro espíritu.
- Sin el conocimiento que Dios existe y que Dios no es engañador, no podríamos estar seguros de nada. Dios es la garantía del conocimiento, de la certeza y de la verdad.
- Para demostrarlo Descartes analiza el tipo de ideas que aparecen en nuestro entendimiento y encuentra tres tipos según el origen: innatas, adventicias y facticias.
- La naturaleza nos incita a creer que las adventicias son parecidas a los objetos o cosas del mundo. Pero esta consecuencia, la razón no la deduce como necesaria ya que los sentidos nos han engañado alguna vez.
- Ahora bien, las ideas que representan sustancias tienen más realidad objetiva, más grados del ser o de perfección, que los simples modos o accidentes de las cosas.
- Y una idea así, “ha de tener sin duda algo de esa cosa, en la cual se encuentra tanta realidad formal como realidad objetiva contiene la idea”.
- Las ideas adventicias son como cuadros o imágenes que se refieren a la realidad o perfección de las cosas.
- De las cosas del mundo, el espíritu concibe con claridad y distinción sólo la magnitud, la figura, la situación, el movimiento(o cambio), la sustancia, la duración y el número. Las otras cualidades (las secundarias) se encuentran en nosotros con oscuridad y confusión, no tienen un grado de ser o perfección tan elevado.
- Ahora bien, la idea del yo no proviene del mundo, porque el yo es una cosa que piensa, y las cosas del mundo son materia o extensión que no piensa. La sustancia que piensa y las sustancias materiales son completamente diferentes.
- La sustancia yo y la sustancia cosa corporal son también completamente diferentes de la sustancia Dios.
- “Por el nombre de Dios entiendo una sustancia infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente, omnipotente, y por la cual yo mismo y todas las cosas que son, si es verdad que existen, han sido creadas y producidas”.

- La idea de Dios prueba su existencia: “no tendría la idea de una sustancia infinita, ya que yo soy un ser finito, si no hubiera sido puesta en mí por alguna sustancia que fuera verdaderamente infinita”.
- La idea de Dios es, por tanto, una idea innata. Y, en el orden del conocimiento, la noción de infinito o de Dios es primera o anterior a la noción del yo que es finito.
- Dios es la realidad más verdadera porque su idea en nosotros (la de infinito) tiene más realidad objetiva que ninguna otra idea: es la idea más clara y más distinta que podemos tener, de manera que no podemos añadir nada a la soberana perfección que Dios posee. Y esto aunque no comprendamos el infinito.
- Dios, que es omnipotente, ha creado el mundo y el yo de cada uno, y además conserva en su ser lo que ha creado (creación continua). La razón es que es necesario que haya, al menos, tanta realidad en la causa como en el efecto.
- Por tanto, la tercera meditación demuestra la existencia de Dios, del Ser máximamente perfecto, como garantía del conocimiento, con dos argumentos *a posteriori*: porque yo existo y porque yo existo teniendo en mí la idea de Dios.
- “Hay que concluir necesariamente que sólo del hecho que existo y que la idea de un ser soberanamente perfecto (es decir, Dios) está en mí, la existencia de Dios está demostrada”.
- La idea de mí es innata en mí, así como la de Dios, Las dos las ha puesto Dios en mí, es la huella del artífice.

Conclusión:

- ✓ Dios existe y así garantiza la verdad del conocimiento humano cuando capta las ideas de manera clara y distinta.
- ✓ Dios no es engañador, ya que posee todas las perfecciones imaginables y engañar es un defecto o imperfección.
- ✓ Así, podemos fiarnos de nuestro conocimiento, ya que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios.
- ✓ Del yo (2ª meditación) pasamos a Dios (3ª meditación) pero es Dios quien garantiza la idea del yo: el orden del descubrimiento descansa en el orden de la realidad (orden ontológico).

4. Mediación cuarta: de lo verdadero y de lo falso.

- ¿Qué podemos conocer con certeza? ¿Cómo separa lo verdadero de lo falso?
- En Dios no se puede encontrar ni debilidad ni malicia, cuando utilizamos nuestro poder para juzgar, que hemos recibido de Dios, no nos podemos engañar.
- Pero la experiencia muestra que cometemos muchos errores. ¿Por qué pasa esto?

- Como somos un ser entre Dios y la nada, nuestra naturaleza es débil y limitada y está expuesta a muchas deficiencias. “Me equivoco porque la potencia que Dios me ha dado para discernir lo verdadero de lo falso, no es en mí infinita”.
- Por eso no podemos comprender por qué Dios hace lo que hace. Y como el poder de Dios es infinito, es lógico pensar que Dios ha producido muchas otras cosas a parte de mí, y de la idea de Él que ha dejado en mí.
- ¿Qué es el error? “No es una pura negación, es decir, no es el simple defecto de alguna perfección que no me es dada, sino una privación de algún conocimiento que parece debería poseer”.
- Por tanto, los errores se producen en mí por dos causas: mi entendimiento finito, y mi voluntad infinita. En el entendimiento en sí, no hay nunca ningún error, aunque sea finito y limitado. Pero la voluntad no está cerrada por ningún límite: es la cosa más grande y más perfecta que hay en mí. Y es más extensa que el entendimiento. Por esta voluntad llevo en mí la imagen de Dios.
- El error procede de un mal uso del libre albedrío, de una mala aplicación de la voluntad en el entendimiento:” siendo la voluntad mucho más amplia y extensa que el entendimiento, no la contengo en los mismos límites, sino que la extiendo también en las cosas que no entiendo”.
- Así, escogemos el mal por el bien, o lo falso por lo verdadero. El error se encuentra en el juicio de la voluntad.

Conclusión:

- ✓ Queremos saber cuál es el origen de nuestros errores, para evitarlos. Y ahora sabemos que es la temeridad de la voluntad: “doy temerariamente mi juicio sobre las cosas que no concibo sino con oscuridad y confusión”. Esta es la causa de la falsedad y de los errores.
- ✓ Por lo tanto, olvidamos aquello de “no juzgar nunca nada sin concebirlo claramente y distintamente”.
- ✓ Si no lo olvidáramos, podríamos adquirir el hábito de no errar, ajustando la voluntad al entendimiento.

5. Meditación quinta: de la existencia de las cosas materiales y otra vez de la existencia de Dios.

- Es más fácil equivocarse en el conocimiento de las cosas materiales. ¿Qué podemos saber con certeza del mundo? ¿Existen cosas fuera de mí, como estoy inclinado a creer?
- Lo que conozco de las cosas de manera clara y distinta es: la cantidad o longitud, largada y profundidad, la magnitud, figuras, situaciones, movimientos y duración.
- De manera mucho más oscura y confusa, tenemos una infinidad de ideas de las cosas, que se refieren a cualidades secundarias, no geométricas ni matemáticas.

- Por tanto las ideas de la geometría y la aritmética son claras y distintas, prescindiendo que haya en el mundo cosas como las geométricas: p.ej. la idea de triángulo.
- De la misma manera se prueba la existencia de Dios: “si sólo del hecho que puedo sacar de mi pensamiento la idea de alguna cosa, se sigue que todo lo que reconozco que pertenece claramente y distintamente a esta cosa le pertenece efectivamente, puedo sacar de esto un argumento que es una prueba demostrativa de la existencia de Dios”.
- Dios se prueba a partir de la idea de un ser soberanamente perfecto que tenemos en nosotros como idea innata. Es una idea tan cierta como las verdades matemáticas o como las relaciones lógicas entre conceptos.
- Al concebir un Dios soberanamente perfecto, no le puede faltar la existencia, si le faltara no sería soberanamente perfecto, porque existir es más perfecto que no existir.
- Al ser soberanamente perfecto no le puede faltar ninguna perfección, ergo, existe. A Dios la existencia le pertenece como necesidad. A nosotros y a las cosas, con contingencia.
- Las ideas verdaderas nacen son nacidas en nuestro espíritu, innatas, congénitas, no proceden de los sentidos, ni son inventadas o fingidas por nosotros. Entre ellas, la primera en el orden de ser es Dios, la primera en el orden del conocimiento es la del yo.
- Demostrar que Dios existe lleva a explicar que podemos estar seguros de nuestro conocimiento de las cosas de este mundo.
- Dios es la garantía de la verdad, si lo ignoramos, no tendríamos ciencia verdadera ni cierta, todo serían opiniones.
- Así Descartes ha llegado a encontrar el fundamento seguro del saber que buscaba: el criterio de evidencia y la demostración de la existencia de Dios perfecto y omnipotente aplicando este mismo criterio.

Las pruebas de la existencia de Dios:

En las Meditaciones metafísicas hay tres pruebas de la existencia de Dios.

- a) En la 3ª meditación **dos** pruebas *a posteriori* (por efectos de la naturaleza divina) → Dios como causa de la idea de Dios en mí y Dios como causa de mí que tengo la idea de Dios.
- b) En la 5ª meditación **una** prueba *a priori* o versión cartesiana del argumento ontológico (por consideración de la naturaleza divina) → la esencia de Dios, en tanto que ser soberanamente perfecto, es inseparable de su existencia, es decir, no se puede pensar un ser perfecto sin una perfección posible, como la de existir.

Conclusión:

- ✓ Al final de la quinta meditación se han conseguido una serie de conocimientos verdaderos: Que hay Dios, soberanamente perfecto y no

engañador; que todas las cosas dependen en esencia, existencia y conservación de este ser superior; que todo lo que mi espíritu puede concebir de manera clara y distinta no puede dejar de ser verdadero, ya que Dios es la garantía de la verdad del conocimiento humano; y gracias a esto podemos llegar a construir ciencias verdaderas y ciertas, y podemos superar los errores de la ciencia y la filosofía del pasado.

6. Meditación sexta: de la existencia de las cosas materiales, y de la distinción real entre el alma y el cuerpo del hombre.

- La última meditación quiere demostrar que existen cosas materiales fuera del yo. Dios es la prueba.
- Sólo hay que distinguir entre la facultad de la imaginación y la facultad del entendimiento: la intelección o concepción pura. La imaginación es la facultad de aplicar el entendimiento sin la contención del espíritu. Por eso nos puede engañar.
- Además la imaginación no es necesaria y hace concebir como existentes cosas que el entendimiento no puede demostrar como existentes. Por tanto, no nos podemos fiar.
- ¿Podemos sacar una prueba clara de la existencia de las cosas corpóreas a partir de los sentidos? De hecho, las ideas que recibimos de los sentidos son más vivaces que las que las fingidas por la imaginación. Por eso creemos que están causadas por las cosas y que las cosas son parecidas a las ideas que causan en nosotros. Parece pues que la naturaleza es la causa de todas las ideas que tenemos de las cosas.
- Pero muy a menudo nos encontramos con el error en los juicios sobre los sentidos exteriores.
- Por lo tanto hay que buscar una postura moderada: ni admitir todo lo que los sentidos parecen enseñarnos, ni poner en duda todo lo que nos proporcionan.
- El criterio para discernir será: “Todas las cosas que puedo concebir clara y distintamente pueden ser producidas por Dios”. Como tengo la facultad pasiva de sentir y tener ideas representadas en mí sin que yo contribuya a ellas, debe haber unas sustancias materiales que sean la causa.
- Las ideas que tengo de la percepción de los sentidos es muy oscura, por tanto sólo las ideas de las cosas que se encuentran en la geometría son verdaderas.
- Yo mismo, que soy una sustancia que piensa, estoy unido por disposición divina, muy estrechamente a un cuerpo, a una sustancia material que no piensa.
- El espíritu es quien debe juzgar todo lo que se percibe examinando las ideas adventicias cuidadosamente. Nuestra naturaleza corporal, que es como una máquina, muchas veces nos engaña, porque es finita y yerra.
- El espíritu o razón es el juez del conocimiento, y el yo (alma) es indivisible, diferente del cuerpo, que es extenso, divisible y no piensa. Por eso el espíritu es capaz de juzgar sobre todas las percepciones de los sentidos.

Conclusión:

- ✓ Al final de las meditaciones, la razón o espíritu humano ha encontrado la manera de tener el control sobre todas las ideas de la mente. Ahora, ya sabe dónde y cómo puede encontrar la verdad con certeza. Descartes ha llegado a la síntesis final del método: me puedo fiar de mis sentidos en estado de vigilia porque puedo unir sus ideas con el continuo del resto de mi vida. Muchas veces nos equivocamos en cosas particulares pero del hecho que Dios no es engañador se sigue necesariamente que podemos confiar en nuestra razón, en la naturaleza que Dios nos ha dado. Ahora ya podemos tener un saber seguro y fiable.

Conclusión general del libro

Las Meditaciones metafísicas es una filosofía sobre lo que puede conocer el ser humano con certeza y seguridad. Es un intento de fundamentar todas las ciencias en la metafísica. La propuesta de una metafísica muy diferente de la de la edad media y de la antigüedad: el yo, encerrado en sí mismo, se convierte en la fuente de la verdad, y la verdad queda así reducida a certeza, a la certeza que el sujeto encuentra en su conciencia. Nace la filosofía moderna, la filosofía del sujeto que se convierte en el criterio de la verdad.

Descartes todavía mantiene la hipótesis de Dios, pero muy pronto se creará que Dios no es necesario para explicar el mundo desde el hombre.

Textos de DESCARTES:

1.

Pero, ya he negado que tuviera sentidos ni cuerpo; dudo, sin embargo, y ¿qué resulta de esto? ¿Soy tan dependiente del cuerpo y los sentidos que sin ellos no podría ser? Pero, me he convencido de que no había nada de nada en el mundo: ni cielo, ni tierra, ni espíritus, ni cuerpos. ¿Y no estoy, por tanto, convencido de que yo tampoco existo? Pues no, si estoy convencido de algo o si sólo pienso algo, es porque indudablemente soy. Ciertamente hay no sé qué engañador muy poderoso y astuto que utiliza todo su ingenio para engañarme siempre. No hay, pues, ninguna duda que si me engaña es porque yo soy, y, ya me puede engañar tanto como quiera, que nunca podrá hacer que yo no sea nada, permitir que yo piense que soy algo. De modo que, después de pensarlo

bien y examinarlo todo con mucho cuidado, finalmente hay que concluir y dar por cierto que esta proposición: yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera, cada vez que la pronuncio o la concibo en mi espíritu.

René Descartes. Meditaciones metafísicas, II.

2.

Ahora bien, lo que esta naturaleza me enseña más expresamente es que tengo un cuerpo que se encuentra indispuerto cuando siento dolor, que necesita comer o beber cuando siento hambre o sed, etc. Y, por tanto, no debo dudar nada que en eso hay alguna verdad.

La naturaleza me enseña también, mediante estos sentimientos de dolor, de hambre, de sed, etc., que no soy sólo en mi cuerpo, como un piloto en su nave, sino que además de estar estrechamente unido y de tal manera confundido y mezclado en él, es como si formara una sola cosa. Ya que, si no fuera así, no sentiría dolor cuando el cuerpo está herido, ya que no soy más que una cosa que piensa, pero notaría esta herida únicamente por el entendimiento, como un piloto percibe por la vista si algo se rompe en su barco.

René Descartes. Meditaciones metafísicas, VI.

3.

Estas largas cadenas de razones, tan simples y fáciles, de que suelen servirse los geómetras para llegar a las demostraciones más difíciles me habían dado ocasión de imaginar que todas las cosas que pueden caer bajo el conocimiento humano se siguen de la misma manera, y que, sólo que nos abstengamos de aceptar toda verdad sin serlo y que guardemos siempre el orden necesario para deducir unas de otras, no puede haber ninguna que no podamos finalmente llegar, o por oculta que no podamos descubrir. Y no me costó mucho buscar por cuáles era preciso comenzar, pues ya sabía que por las más simples y las más fáciles de conocer, y, considerando que, entre todos los que hasta ahora han buscado la verdad en las ciencias, sólo los matemáticos han podido encontrar demostraciones, es decir, razones ciertas y evidentes, no

dudaba que había que empezar por las mismas cosas que ellos habían examinado.

René Descartes. Discurso del método, II.

4.

¿Como sabemos que los pensamientos que nos vienen en sueños son más falsos que los otros, si a menudo no son más vivos y nítidos? Y, por mucho que los mejores espíritus lo estudien, no creo que puedan dar ninguna razón que sea suficiente para eliminar esta duda, si no presuponen la existencia de Dios. Porque, primeramente lo mismo que antes he tomado como regla, a saber, que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas, sólo es seguro porque Dios es o existe, porque es un ser perfecto y porque todo lo que hay en nosotros proviene de él. De donde se sigue que, siendo nuestras ideas o nociones cosas reales y que provienen de Dios en todo lo que son claras y distintas, no pueden en ello ser sino verdaderas. De modo que, si tenemos bastante a menudo que contienen falsedad, sólo puede tratarse de aquellas que incluyen algo de confuso y oscuro, porque en eso participan de la nada, es decir, se encuentran en nosotros así de confusas sólo porque nosotros no somos totalmente perfectos.

René Descartes. Discurso del método, IV.

5.

"Analizadas estas cuestiones, reflexionaba en general sobre todo lo que se requiere para afirmar que una proposición es verdadera y cierta, pues, dado que acababa de identificar una que cumplía tal condición, pensaba que también debía conocer en qué consiste esta certeza. Y habiéndome percatado que

nada hay en “pienso, luego soy” que me asegura que digo la verdad, a no ser que yo veo muy claramente que para pensar se necesario ser, juzgaba que podía admitir como regla general que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas, no obstante, hay solamente cierta dificultad en identificar correctamente cuáles son aquellas que concebimos distintamente”.

(R. DESCARTES, Discurso del Método, IV).

6.

Pero advertí inmediatamente que mientras quería pensar así que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: «pienso, luego soy», era tan firme y segura que las suposiciones más extravagantes de los escépticos no eran capaces de hacerla tambalear, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo como el primer principio de la filosofía que buscaba. Examiné después atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo y que no había mundo ni lugar donde yo me encontrara, pero que no podía fingir, por eso, que yo no fuera, sino que, al contrario, del hecho mismo que de pienso, dije que podía dudar de la verdad de las otras cosas, se seguía muy cierta y evidentemente que yo era, mientras que con sólo dejar de pensar, aunque todo lo demás que había imaginado fuera verdad, no tenía ya ninguna razón para creer que yo era, conocí por ello que yo era una sustancia toda la esencia y naturaleza de la cual es pensar, y que no necesita de ningún lugar para ser, ni depende de ninguna cosa material, por lo que este yo, es decir, el alma, por la que yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo e, incluso, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuera , el alma no dejaría de ser todo lo que es.

DESCARTES. Discurso del método, IV

7.

En fin, si aún hay hombres a quienes las razones que he presentado no han convencido bastante la existencia de Dios y del alma, quiero que sepan que todas las demás cosas de las que piensan que quizás están más seguros,

como que tienen un cuerpo, que hay astros, y una tierra, y otros similares, son, sin embargo, menos ciertas. Es verdad que tenemos una seguridad moral de esas cosas tan fuerte que la duda sobre su existencia parecería una extravagancia. Sin embargo, si lo que está en cuestión es la certeza metafísica, no se puede negar [...] que tenemos motivos suficientes para excluir la seguridad completa cuando nos damos cuenta de que igualmente podemos imaginar, en un sueño, que tenemos otro cuerpo y que vemos otros astros y otra tierra, sin que esto sea así. Pues, ¿cómo sabremos que los pensamientos que se nos ocurren durante el sueño son falsos, y que no lo son los que tenemos despiertos, si muchas veces sucede que los primeros no son menos vivos y manifiestos que los segundos? Y por mucho que estudien los mejores ingenios, no creo que puedan dar ninguna razón que pueda apaciguar esa duda, a menos que presuponen la existencia de Dios. Así, en primer lugar, esta misma regla que antes he aceptado, a saber, que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas, esta misma regla recibe su certeza sólo de que Dios existe y es un ser perfecto.

DESCARTES, Discurso del método

8.

Porque, en definitiva, tanto si estamos despiertos como si dormimos, no nos debemos dejar convencer nunca sino por la evidencia de la razón. Y hay que remarcar que digo de la razón, y no de la imaginación ni los sentidos. Así, aunque veamos muy claramente el Sol, no debemos juzgar por ello que debe tener el tamaño con que lo vemos, y muy bien podemos imaginar distintamente una cabeza de león unida al cuerpo de una cabra, sin necesidad de concluir por eso que existe realmente ese ser quimérico, porque la razón no nos dice que lo que vemos o imaginamos así sea verdad, pero sí que nos dice que todas nuestras ideas o nociones deben tener algún fundamento de verdad, ya que no es posible que Dios, que es totalmente perfecto y conforme a la verdad, las haya puesto en nosotros sin este fundamento. Y, puesto que nuestros razonamientos no son nunca tan evidentes ni tan completos durante el sueño como durante la vigilia, aunque, a veces, nuestras representaciones mientras soñamos sean tan vivas y nítidas, o más, la razón nos dice también que, como nuestros pensamientos no pueden ser todos verdaderos porque nosotros no

somos totalmente perfectos, lo que éstos tienen de verdad debe encontrarse infaliblemente más bien en los que tenemos estando despiertos que en nuestros sueños.

DESCARTES. Discurso del método, IV

9.

Hace mucho tiempo que había observado que, en cuanto a las costumbres, hace falta a veces seguir opiniones, que sabemos que son muy inciertas, como si fueran indudables de la manera que antes he dicho, pero dado que entonces deseaba ocuparme sólo en la investigación de la verdad, pensé que en esto tenía que hacer todo lo contrario, y rechazar como absolutamente falso todo aquello en que pudiera imaginar la menor duda, con el fin de ver si después de eso no quedaría algo en mi creencia que fuera indudable. Así, ya que los sentidos nos engañan a veces, quise suponer que no hay nada que sea tal como nos lo hacen imaginar, y ya que hay hombres que se equivocan al razonar, incluso sobre las más simples razones de la geometría, y cometen en ellas paralogismos, pensé que yo estaba tan expuesto a equivocarme como cualquier otro, y rechacé como falsas todas las razones que había tenido antes por demostrativas, y, en fin, considerando que todos los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos pueden venirnos también cuando dormimos, sin que haya entonces en ellos nada verdadero, resolví fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero inmediatamente advertí que, mientras quería pensar así que todo era falso, era, necesariamente, que yo, que lo pensaba, fuese algo, y, observando que esta verdad, «yo pienso, yo existo», era tan firme y segura que las suposiciones más extravagantes de los escépticos no eran capaces de hacerla tambalear, pensé que podía admitirla sin escrúpulo como el primer principio de la filosofía que buscaba.

DESCARTES, Discurso del método